

La compleja realidad DE MALÍ

El reciente golpe de Estado confirma la inestabilidad política de un país, situado en el corazón del Sahel, víctima de la pobreza y el azote yihadista

UN tranquilo martes de agosto en el que el mundo tenía sus ojos puestos en la evolución de la pandemia y en la convención del Partido Demócrata en Estados Unidos nos sorprendió la noticia de un levantamiento contra el gobierno de Malí. Para ese mismo día había convocadas manifestaciones contra la gestión del presidente Keïta, con una población alarmada por la insurgencia yihadista, la crisis económica y la llegada del COVID-19. Malí es un país poco conocido en España. Sin embargo, es una pieza clave en el Sahel, una región de importancia fundamental para nuestro país.

Sahel significa franja, borde, costa. Sahel es el límite sur del Sáhara, la línea en la que empieza a aparecer la vegetación. Una franja de 6.000 kilómetros de longitud que podemos dibujar entre Dakar (Senegal) y Asmara (Eritrea), que son casi 8.000 si se toma la que es prácticamente la única carretera asfaltada —siquiera a tramos— de la región.

UN PAÍS CASTIGADO

Desde Dakar hasta Bamako, la capital de Malí y la sede de la Misión de Entrenamiento de la Unión Europea (EUTM Malí), hay 1.200 kilómetros. Veinte horas largas de conducción o dos de vuelo para los C-295 del destacamento *Marfil*, que lleva desde 2013 dando apoyo aéreo a toda la región desde su sede en la capital de Senegal. Todavía 60 kilómetros más allá está el cuartel de Koulikoro, en el que fuerzas españolas y de otros países europeos se esfuerzan en dar la me-

yor formación posible al pequeño Ejército de Malí (poco más de 15.000 efectivos para un país cuya extensión es dos veces y media la de España).

El país tiene una historia fascinante. Siempre a lomos del río Níger, la arteria fluvial de la región que fluye hacia el noreste desde Guinea hasta que parece que se sienta disuadido de seguir más allá por el desierto y vuelve a virar al sur. En el siglo XIV, Malí era un imperio y Tombuctú uno de los centros neurálgicos del saber musulmán. Las mismas rutas de caravanas que fueron entonces el origen de su poder son seguidas hoy por traficantes de armas, de drogas y de seres humanos desesperados que buscan las costas del Mediterráneo.

Su geografía lo dice todo sobre el país. El 90 por 100 de la población se concentra en el sur, en esa zona «verde» menos árida de, más o menos, la extensión de España. El resto del país es un enorme espacio vacío al que apenas si llega la acción del gobierno. Su población, ma-

yoritariamente musulmana, está entre las más pobres del mundo, con menos de 800 euros *per cápita*. Sigue siendo una población tradicional y con un altísimo crecimiento demográfico. Las mujeres, que —como en el resto de la región— son las que cargan con la mayor parte del trabajo, tienen una media de más de siete hijos cada una.

El cambio climático y el avance del desierto no dejan de empeorar las condiciones de vida de una población que sigue siendo rural. Tres etnias representan la eterna disputa entre agricultores y ganaderos, entre el sedentarismo y la trashumancia: los bámbara y los dogón, por un lado, y, por otro, los pastores fulani (es el pueblo nómada más numeroso del mundo, está distribuido por todo el Sahel y su población se estima en unos 40 millones de personas). La competición por las tierras de cultivo y los pastos en el espacio cada vez más reducido que deja el desierto lleva a muchos a buscar oportunidades entre los grupos terroristas que operan en la región.

Las diferencias se agravaron con la afiliación de muchos fulanis a los grupos yihadistas y con la creación de «grupos de autodefensa» dogones. El 1 de enero de 2019 ya se produjo una matanza de fulanis en la aldea de Koulogón que dejó 37 muertos. En marzo, en Ogossagou, otro pueblo no lejos del anterior y cercano a la frontera con Burkina Faso, los cazadores dogón dejaron 157 muertos más. Y, en febrero de este año se repitió el episodio en la misma aldea con el resultado de otras 21 personas fallecidas.

Sus FAS disponen de apenas 15.000 efectivos en un país dos veces y media mayor que España



Un grupo de militares es acogido por una multitud en Bamako tras el golpe de Estado del 18 de agosto. A la izquierda, un vendedor ambulante en las calles de la capital y un grupo de tuaregs en el norte del país. Debajo, militares españoles del destacamento *Marfil* realizan una misión de transporte estratégico en apoyo a las capacidades regionales de los países participantes de AFISMA y Francia para apoyar a Malí en su lucha contra el yihadismo.



Las líneas rectas que, en el mapa, separan Malí de Argelia o de Mauritania poco significan para los tuareg. Muchos de ellos, de hecho, habían trasladado su hogar a Libia durante la época de Gadaffi, pero, cuando en 2011 cayó el régimen del coronel, tomaron armas y bagajes (las suyas y todas aquellas que consiguieron saquear), y se volvieron a casa. De profesión mercenarios, allí se unieron al *Movimiento Nacional para la Liberación de Azawad* (MNLA), una región que se correspondería —*grosso modo*— con la parte desértica del mapa.

En cuestión de meses, el Ejército de Malí estaba derrotado y en franca reti-

rada. En Bamako se produjo un golpe de Estado que derrocó al presidente Touré. En apenas unos días, el MNLA tomó cuatro ciudades del norte del país y declaró la independencia del Azawad.

Pero entre los yihadistas también surgieron las discrepancias. La facción más radical de los tuareg, con grupos como *Ansar-Al-Dine* o *MUJAO* (*Movimiento para la Unidad y la Yibad en África Occidental*), decidió imponer la ley islámica, la *sharia*, en los territorios que ocupaban, desplazando de este modo a los moderados de la organización. Poco después, estaban integrados en *Al-Qaeda en el Magreb Islámico* (ahora, el JNIM).

Naciones Unidas atendió la solicitud de ayuda del gobierno maliense y su Consejo de Seguridad dispuso en su resolución 2085 —ya en diciembre de 2012— enviar tropas al país y entrenar al ejército regular. Se trató de una medida de emergencia que no impidió que los islamistas siguieran avanzando hasta estar a 600 kilómetros de la capital.

RESPUESTA INTERNACIONAL

Francia, antigua potencia colonial, se vio obligada a intervenir e, inmediatamente, desplegó la operación *Serval* (en referencia a un gato salvaje endémico de la región). Una serie de operaciones

aéreas hicieron retroceder a los islamistas y convencieron a la facción moderada del MNLA de llegar a un acuerdo de paz temporal con Bamako por el que se transfería una cuota de poder a las regiones del norte a cambio de garantizar la unidad nacional y permitir la celebración de las elecciones pendientes y, posteriormente, proseguir juntos la lucha contra los radicales.

Más de siete años después y tras cambiar en 2014 el nombre de *Serval* por *Barkhane*, Francia sigue presente en el país. Y España ha estado apoyando todo este tiempo ese esfuerzo con el mencionado destacamento *Marfil*. A pesar de todo, la situación no deja de complicarse con el trasvase permanente de combatientes desde otros frentes: Irak, Afganistán, Siria, etcétera.

y extranjeros— que está dejando este conflicto. El número se cuenta por miles cada año. Aldeas saqueadas, mujeres violadas, hombres torturados, soldados bisoños emboscados, terroristas contra terroristas, y los accidentes, siempre presentes, como el del helicóptero francés en el que perdieron la vida 13 militares. El asesinato el pasado 24 de julio de un soldado galo supuso su víctima número 43 en lo que va de conflicto.

La edad media de la población del Sahel es de 16 años (por los 44 de los españoles). Los jóvenes sin empleo ni medios de subsistencia se ven abocados a unirse a los terroristas y vivir del expolio, o a huir. Solo en 2019 se informó de más de 280.000 nuevos desplazados únicamente en Malí (según un reciente informe de *Internal Displacement Moni-*

fuerzas francesas de *Barkhane* mantienen una guerra que no va dirigida contra este tránsito, sino contra los traficantes. Una guerra del siglo XXI que, excepto por el aire acondicionado, podría ser la de *Beau Geste*, la novela de 1924 —y posterior película— sobre la Legión Extranjera.

A pesar de su reciente incremento desde los 4.500 efectivos a los 5.100, *Barkhane* sigue requiriendo refuerzos para estabilizar, al menos, el problema de seguridad del Sahel. Los tres países más afectados (Malí, Níger y Burkina Faso), junto con Chad y Mauritania, pusieron en marcha en 2014 el *G5-Sahel*. Se trata de una iniciativa política que pretende coordinar los esfuerzos de los cinco países en la lucha contra, de nuevo, el terrorismo, el tráfico de drogas y el tráfico de seres humanos.

Tres años después, con la iniciativa de Francia, Alemania y del conjunto de la Unión Europea, se creó la Fuerza Conjunta *G5-Sahel*. Cinco mil efectivos repartidos en siete batallones con autoridad para operar a 50 kilómetros a cualquier lado de las fronteras para facilitar persecuciones y apoyos. España está entre los países que contribuyen a financiar esta iniciativa. Además, España contribuye también a GAR-SI Sahel, unos Grupos de Acción Rápida de Vigilancia e Intervención, cuya formación corre —en parte— a cargo del GAR de la Guardia Civil.



La Misión de la Unión Europea para Malí (EUTM Malí) tiene como objetivo formar, entrenar y asesorar a las FAS de Malí y a la Fuerza Conjunta *G5 Sahel*.

La situación política en la capital vuelve a ser complicada con un nuevo presidente en entredicho, y las fuerzas yihadistas no pierden ocasión de hostigar al Ejército y a las tropas francesas. El conflicto se expande hasta la triple frontera con Níger y Burkina Faso, y más allá, al interior de estos países. Ahí, ya se empiezan a solapar con las operaciones de otro grupo terrorista tristemente famoso, *Boko Haram*, en el norte de Nigeria (y, cada vez más, también en Níger). Es difícil saber el número total de muertos —civiles y militares, locales

toring Centre), clientes y víctimas para las mafias de tráfico de seres humanos que llevan presentes en la región desde tiempo inmemorial. En los países vecinos hay otros tantos. Y cinco millones de personas que dependen de la ayuda humanitaria para sobrevivir.

Desde las aldeas de Malí, Burkina Faso, Níger y otros países, a través del desierto y hasta el Mediterráneo, discurren las rutas por las que miles de migrantes escapan de la pobreza y el hambre. A lo largo de esas rutas, en campamentos en medio del desierto, las

EUTM MALÍ

La misión se estableció en enero de 2013 a petición del gobierno maliense y tras la Resolución 2071 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Desde entonces, el mandato se ha renovado —por dos años cada vez— en cuatro ocasiones, la última en mayo de este mismo año. Su objetivo es la formación y entrenamiento, asesoramiento y apoyo a las Fuerzas Armadas de Malí y a la Fuerza Conjunta *G5-Sahel* sin que los miembros de EUTM puedan tomar parte en las operaciones. Se enmarca dentro de la Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD) de la UE.

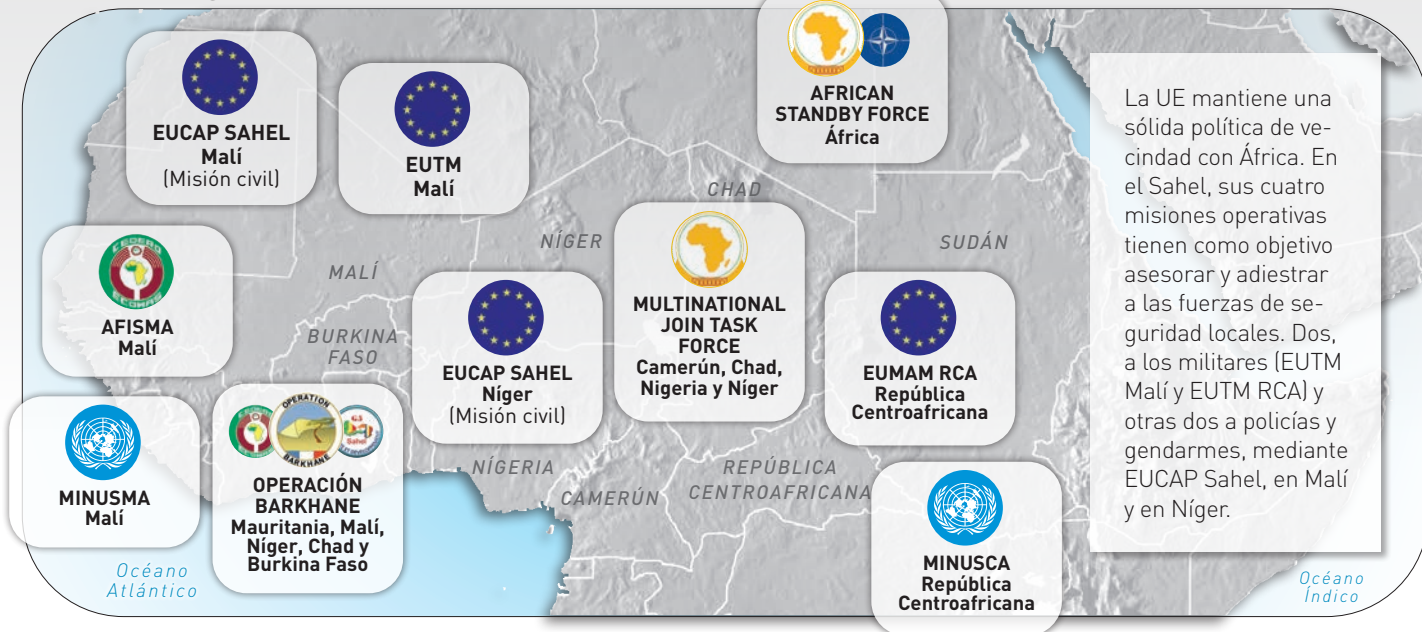
El equipo está formado por poco más de 1.000 militares de 22 países de la Unión Europea y seis extra comunitarios. En este momento, está al mando del general František Ridzák, de la República Checa, desde su cuartel general en Bamako. Este, a su vez, reporta al

SEGURIDAD PARA EL DESARROLLO

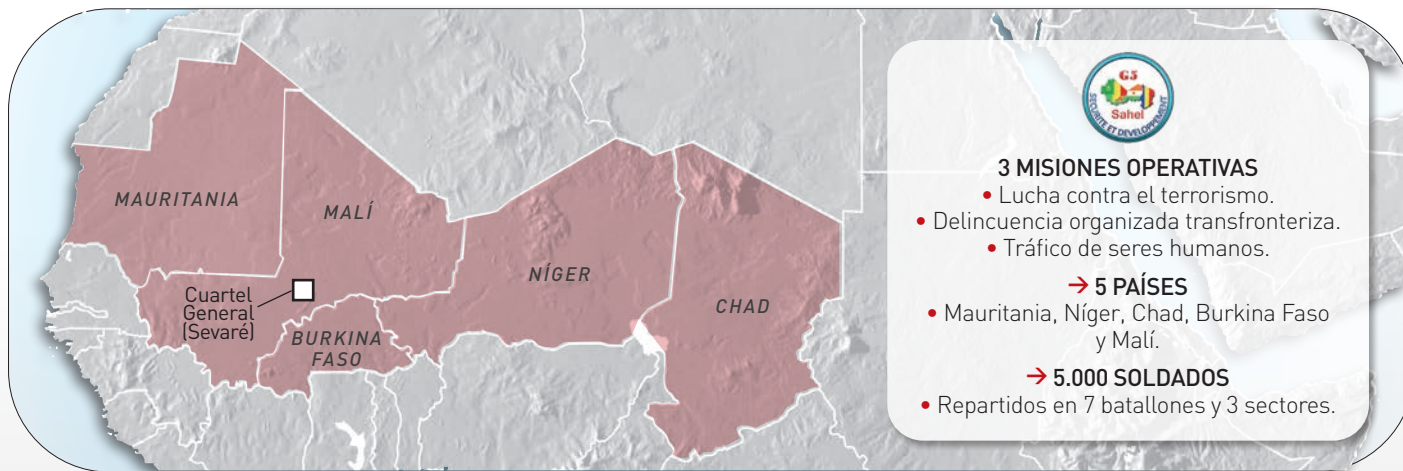
NO puede haber futuro sin paz y desarrollo. Por ello, la comunidad internacional —y los propios africanos— han desplegado diversas misiones de seguridad y, además, el *G5 Sahel* ha permitido que cinco países del área creen una fuerza

conjunta para enfrentarse al fanatismo y la delincuencia. Esta iniciativa se ha reforzado con la **Coalición para el Sahel**, un instrumento para canalizar proyectos de desarrollo en ámbitos clave (educación, agricultura, clima, gobernanza y seguridad).

→ Despliegue internacional en el Sahel

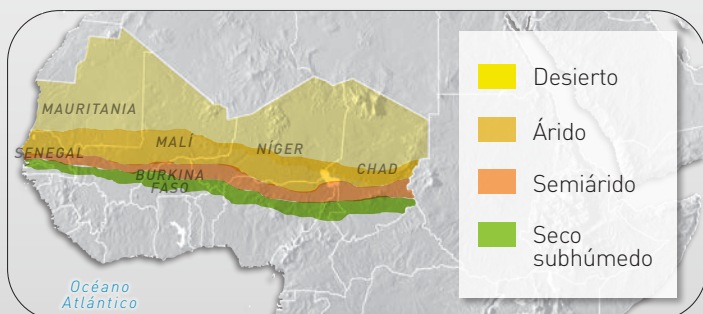


→ Fuerza Conjunta por la estabilidad (FC G5 Sahel)



→ La población total del Sahel (con una media de 16 años) es de casi 140 millones de personas y, según las previsiones de la ONU, pasará a ser de mil millones en 2050.

• Zonas climáticas



• Subsistir de la agricultura





Un instructor de la misión EUTM-Malí con un grupo de soldados malienses en el centro de adiestramiento de Koulikoro.

MPCC (la Capacidad Militar de Planificación y Ejecución, una estructura permanente y no desplegable con sede en Bruselas). España ha liderado EUTM Malí en dos ocasiones. Además de tareas de asesoramiento y adiestramiento, nuestras Fuerzas Armadas han aportado un grupo táctico para proporcionar la protección de la fuerza necesaria que permita realizar el resto de tareas.

En ese esfuerzo, hay que recordar al soldado de Infantería de Marina, Antonio Carrero Jiménez, perteneciente a esta fuerza de protección, que entregó su vida el 18 de mayo de 2018 cuando volcó el vehículo *Lince* en el que viajaba. Está también fresca en la memoria la brillante actuación de los militares españoles de la fuerza de protección que en febrero del año pasado repelieron un ataque terrorista contra la base, así como, el valor y la resolución demostrada por el comandante Franco durante el ataque al complejo turístico *Le Campement*.

Del Cuartel General en Bamako dependen cuatro fuerzas. La Fuerza de Asesoramiento (ATF), que está también ubicada en el hotel que les sirve de puesto de mando (y que sufrió un ataque armado en marzo de 2016), asesora al personal del Ministerio de Defensa maliense y a los mandos de la Fuerza Conjunta *G5-Sahel*.

En el cuartel de Koulikoro trabaja la Fuerza de Adiestramiento y En-

trenamiento (ETTF), formando a los militares locales tanto en actividades prácticas como en materias teóricas. En ambas ubicaciones también están desplegadas la Unidad Médica y la Fuerza de Protección. Desde su despliegue, ha impartido cursos de Estado Mayor y de Jefe de Compañía a las fuerzas malienses o del *G5*, entre otras actividades. También ha colaborado en la formación de los primeros cadetes de la Academia Militar y se ha establecido un Centro de Coordinación de Actividades Aéreas.

OPERACIÓN TAKUBA

Además de las misiones de entrenamiento y de la operación *Barkhane* se ha hecho evidente la necesidad de una participación europea más activa en la lucha contra los grupos terroristas de la región. Para ello se ha diseñado —de nuevo bajo liderazgo francés— la ope-

ración *Takuba* (que hace referencia a un tipo de espada ritual). Su misión es el «acompañamiento, asistencia y consejo a las fuerzas locales», un grado de implicación mayor que hasta ahora.

Takuba integrará fuerzas de operaciones especiales de Italia, Reino Unido, Países Bajos, Bélgica, Portugal, Grecia, Estonia, República Checa, Suecia, Noruega y Dinamarca en lo que constituye un claro mensaje de solidaridad de toda Europa con la región y el liderazgo francés. España no participará por el momento en esta misión, pero reforzará —igual que Alemania— su presencia en las misiones en que ya estaba presente (EUTM Malí y Alianza por el Sahel, respectivamente). Está previsto que tenga una duración mínima de tres años. Los primeros contingentes —un centenar de tropas estonias y francesas a las que, en breve, se unirán otras checas y suecas— ya están sobre el terreno.

ASÍ ESTÁN LAS COSAS

En el momento de escribir estas líneas la situación sigue siendo confusa en Bamako después del arresto del presidente Keita y el primer ministro Cissé por parte de los militares del acuartelamiento de Kati. El golpe de Estado ha sido condenado por las organizaciones regionales y añade incertidumbre a la situación en el país. O, quizás, una puerta de salida a la crisis permanente en que estaba instalado. El presidente Ibrahim Boubakar

*A través de los
desiertos del Sahel
discurren algunas
de las más
importantes rutas
de traficantes*

Keïta, del partido *Rassemblement pour Mali* (RPM), que había llegado al poder en 2013 precedido de fama de honrado y con un muy alto grado de popularidad, no había conseguido grandes avances en sus siete años en el poder.

Malí no tendría que ser un país pobre. Es el tercer productor de oro del continente y el décimo a nivel mundial. Posee depósitos de bauxita, manganeso, hierro, uranio y petróleo (cuya producción, obviamente, está muy mediatizada por la guerra desde 2012). Sin embargo, Keïta, no ha conseguido en este segundo mandato mantener un mínimo control sobre el país y su gobierno ha sido muy cuestionado en la calle con algunas de las mayores manifestaciones que han tenido lugar en Bamako.

Las tensiones son múltiples. Por un lado, la convergencia en el país de las franquicias de *Al Qaeda* y *del Estado Islámico* (hay quién piensa que esta podría ser la región en la que se intentaría reagrupar tras prácticamente desaparecer en Oriente Próximo), con sus diferentes interpretaciones de la religión y, sobre todo, de la forma de imponer el Califato. Por otro, los odios tribales y étnicos entre los grupos sedentarios y los nómadas, exacerbados por un crecimiento incontrolado de la población y unos recursos menguantes en función del avance del desierto.

La desesperación causada por la pobreza y la violencia empuja a la juventud a integrarse en los grupos terroristas más radicales o a buscar una salida de la mano de las mafias de tráfico de personas que, como los esclavistas de antaño, cruzan el desierto con su mercancía buscando la costa. Naturalmente, terroristas y traficantes comparten las mismas rutas y, muchas veces, encuentran sinergias en sus actividades.

Malí necesita ayuda para desarrollar sus capacidades, pero para ello precisa recuperar un entorno seguro para los negocios y la vida misma. Sin embargo, buena parte del centro del país se ha vuelto ingobernable por la presencia de

los terroristas y el número de desplazados internos se ha multiplicado por cuatro en los dos últimos años. Amén de los refugiados en los países vecinos y aquellos que decidieron emprender el incierto camino hacia el Mediterráneo.

Para ello, la ayuda tiene que enfocarse de tal manera que no cree dependencia de los donantes, sino que sirva de base sobre la que la misma sociedad maliense construya su futuro. Una sociedad que tendrá que contar con sus mujeres y sus jóvenes, y que tendrá que fortalecer sus tradiciones —como ha hecho, por ejemplo, Senegal— para evitar ser fácil presa de movimientos radicales.

El Ejército maliense, con una gestión que algunos ven como partidaria, se ha visto desbordado en esa misión. La Unión Europea, con Francia a la cabeza, ha puesto en marcha varias

lado, tanto Rusia como China asoman cada día más en una zona que puede convertirse en uno de los polos de competencia mundial a medio plazo.

Sin embargo, para Europa, el Sahel no es una operación más, ni un escenario remoto en el que librar batallas del gran tablero geopolítico. La franja saheliana debe estar entre las principales preocupaciones de la Unión pues un derrumbamiento de la frágil gobernanza local, aparte de provocar una inmensa catástrofe humanitaria, lanzaría ondas de inestabilidad que alcanzarían de lleno a Europa. Ahora mismo también se configura como una prueba de concepto de la capacidad y la voluntad europea para asumir mayores responsabilidades en cuestión de seguridad y defensa. España está en primera fila en este frente y, por lo tanto, directamente afectada. Hay un deber de solidaridad y, por supuesto, de prevenir amenazas a nuestra seguridad antes de que lleguen a convertirse en incontrolables.

En este sentido, la ministra española de Defensa Margarita Robles participó el pasado 2 de septiembre en la reunión que por videoconferencia mantuvieron los países miembros de la Coalición para el Sahel (Francia, Bélgica, República Checa, Canadá, Estonia, Grecia, Italia, Noruega, Portugal y Suecia además de representantes de la UE y la ONU). Durante su intervención —el encuentro tuvo como protagonista

la crisis de Malí— Robles destacó «la importancia de que la comunidad internacional mande un mensaje de unidad en defensa de la democracia» y tras recalcar «el peligro de que las organizaciones terroristas que operan en la zona aprovechen la situación amenazando la paz y la estabilidad» insistió en «el compromiso de España con el pueblo de Malí», que, de manera concreta, se materializa en nuestra contribución a la misión de adiestramiento que la UE desarrolla en este país.

Ángel Gómez de Ágreda
Coronel jefe Área de Análisis
Geopolítico SEGENPOL



Militares golpistas contra el presidente Keïta recorren las calles de Bamako el pasado 20 de agosto.

iniciativas para apoyarle. EUTM Malí pretende proporcionar formación, la Fuerza Conjunta *G5-Sahel* aspira a eliminar la impunidad trasfronteriza y la Operación *Takuba* implica a fuerzas europeas en el acompañamiento de las misiones.

La presencia de las fuerzas estadounidenses de AFRICOM ha jugado, hasta ahora, su papel en la región, pero su continuidad está siendo cuestionada por el presidente Trump (se estima en 1.400 efectivos las fuerzas estadounidenses en el conjunto del Sahel. Entre ellas habría unidades de operaciones especiales y dos bases de drones en Níger). Por otro